

## La palabra a Santa Juliana de Florencia: POR EL REINO DE DIOS ...

A cargo de fray Camille M. Jacques

En la estela de los Siete Santos ... En Monte Senario donde se conservan los cuerpos de los Siete primeros Padres, Bonfilio, Amadio, Bonayunta, Maneto, Sosteño, Hujo y Alejo, y su memoria se siente en el suave olor de santidad (cf. 2 Cor 2, 14-15; LO 43). Dicho perfume atrajo muchas personas a compartir su ideal de vida: ellos, en un momento u otro de su existencia, subieron a Monte Senario durante un tiempo breve o menos breve, y hoy, de las grutas, el eco de sus voces se siente todavía. He aquí lo que parece narrar la sobrina de san Alejo, santa Juliana de Florencia, mujer laica, amiga de los Siervos, el cual cuerpo reposa en la basílica de la Santísima Anunciación.



### Por el Reino de Dios ...\*

Yo **Juliana**,<sup>[1]</sup> mujer laica, amiga de los Siervos,<sup>[2]</sup> siempre me ha fascinado su vida apostólico-evangélica: testimoniar el Evangelio en comunión fraterna, estar al servicio de Dios y del prójimo, la mirada fija en santa María, Madre y Sierva del Señor. Verdaderamente. Los veía como un signo de aquí, del Reino de allá. Estuve siempre cercana a los Siervos. Frecuentaba su iglesia de S. María - llamada después por la gente la «Santísima Anunciación», por el famoso fresco-, en Cafaggio, cercana a la cual estaba la casa de mi familia. Participaba a su oración. Con ellos cantaba las "laudes" a santa María. Me atraía su vida, pero era una mujer. ¿De qué manera podía unirme a aquellos hombres de Dios?

### El Reino ... del amor

El misterio del Reino, el misterio de la muerte me ha siempre inquietado. ¿Qué sentido dar a la vida? ¿Para qué se vive? Me afectaba tanto las respuestas del Hijo del hombre en el juicio final (cf. Mt 25, 31-46): «Cada vez que hagan estas cosas a uno solo de estos mis hermanos más pequeños, lo han hecho a mi ... Cada vez que no haya hecho estas cosas a uno de estos hermanos más pequeños, no lo han hecho a mí» (Mt 25, 40. 45). Sentía el peso de la responsabilidad: el Señor está presente in cada persona hambrienta, sedienta, forastera, desnuda, enferma, encarcelada ...; Era necesario servirlo. Me sentía en culpa. Eran tantas mis faltas (cf. Mt 25, 45). Muchas veces hablé preocupada, con mi confesor, fray Jacopo de Camporeggi,<sup>[3]</sup> y también con mi tío Alejo que lo tenía como un padre espiritual y del cual conservaba y hacía brotar en el corazón las palabras sabientes. Un día, pedí a mi tío, ansiosa: «¿Qué le podré decir al Señor en el juicio final?». El me respondió, sereno: «¿Sabes una cosa? La última pregunta del Señor no será: "Cuántas veces has cometido tal pecado o hecho tal omisión ..?" sino más bien, o simplemente "¿Cuanto has amado?" (cf. Lc 7, 47). Al final es sobre el amor que todos seremos juzgados». Fue para mí un descubrimiento. En la tierra estaba llamada a amar, simplemente, ¡a hacer toda cosa con amor! Desde aquel momento yo quise a toda costa dedicar la vida a Dios, como mi tío, por amor, en el servicio de la bienaventurada Virgen, y no vi la hora de vestir el hábito de los Siervos. Pensaba todos que mi deseo fuese una locura que me arrepentiría. Pero no, yo estaba convencida. Al final, los míos<sup>[4]</sup> consintieron, los frailes también y yo pude vestir el manto (capa) de los Siervos.<sup>[5]</sup>

### "Manteladas"

Para mí el vestir el hábito de los Siervos era muy significativo. Expresaba mi compromiso de conversión, por el Reino de Dios: no quería más buscar «de agradar por los vestidos sino por el comportamiento»;<sup>[6]</sup> deseaba vestirme de Cristo (cf. Rm 13, 14; Ga 3, 27)<sup>[7]</sup> y vivir, nueva creatura, el ideal evangélico de vida de los Siervos, pero mujer laica, amiga. Pero después descubrí con los fraile el significado más específico del hábito mismo: era signo de la inocencia y humildad,<sup>[8]</sup> como cualidades de la Virgen de Nazaret en el anuncio del ángel (cf. Lc 1, 34. 38. 48); el color negro expresaba la viudez<sup>[9]</sup> y las penas sufridas amargamente por la Virgen María en la Pasión del Hijo crucificado.<sup>[10]</sup> El hábito mismo de los Siervos recordaba así dos momentos claves de la vida de santa

María, nuestra Señora: la Anunciación, donde ella dijo "si" al proyecto salvador de Dios y cubierta por el Espíritu, llegó a ser madre de Jesús; la Cruz, donde ella, nueva Eva, vivió su "si" hasta el fondo y en la palabra del Hijo (cf. *Jn* 19, 26-27), llega a ser madre de sus discípulos dilectos, madre de la Iglesia. "Mantelada" me sentía, por lo tanto comprometida -con la Virgen gloriosa- a acoger la Palabra de Dios (*lectio divina*), a estar atenta a las indicaciones del Espíritu, y misericordiosa a comprender y consolar los sufrimientos humanos. Después de mí, muchas otras mujeres pidieron vestir el manto de los Siervos a tal punto que algunas de entre nosotros, se reunieron también juntos y vivieron precisamente como hermanas en un primer monasterio de vírgenes "siervas de santa María".<sup>[11]</sup>

#### *Ayudar a los mensajeros del Evangelio*

Se dice: «Al paraíso no se va en carrosa». Y es verdad. Para entrar en el Reino de Dios, - lo enseña Jesús- es necesario abandonar todo (cf. *Mc* 10, 21-25), ¡no quedarse con nada! Yo que buscaba escuchar a los predicadores del Evangelio, seguirlos ..., buscaba también ayudarles cuando podía. Me inspiraba sea en el ejemplo de aquellas piadosas mujeres que seguían a Jesús y los Doce, en Galilea hasta Jerusalén, mientras predicaban y anunciaban la buena noticia del Reino de Dios y «que les asistían con sus bienes» (*Lc* 8, 3), y el ejemplo de la joven Lidia, de Tiátira, la cual, creyente en Dios, escuchó las palabras del apóstol Pablo, se convirtió a Cristo, fue bautizada e insistió para que Pablo y los suyos fueran a vivir en su casa (cf. *Hch* 16, 11-15). En estar cercana a esos frailes de S. María de Cafaggio, vi en ellos a hombres celantes, mensajeros del Evangelio, en palabras y obras. Los veía en la ciudad [Florencia], mendicantes, siervos de los enfermos, en el Hospital de Fuente viva. Me recordaba las recomendaciones del Maestro a sus discípulos precursores del Reino: «Cuando entren en una ciudad y los acojan, coman lo que les den, curen los enfermos que se encuentren y digan: Esta cerca el reino de Dios» (*Lc* 10, 8-9). Yo, pues, busque ayudar a estos hombre como podía. Vendiendo a ellos el pan a buen precio.<sup>[12]</sup> Para favorecer los trabajos, les prestaba dinero, aún sin intereses.

#### *!El Reino de los cielos está ya en mí ... y todavía no!*

Mi camino evangélico -lo confieso- no ha sido fácil. El Reino de Dios está ya aquí ... y todavía no! Verdaderamente. Para que permanezca en nosotros, es necesario estar vigilantes ... Como aquellos Siete hombre de Cafaggio, como comerciantes en búsqueda de la perla preciosa que tuvieron que abandonar todo para adquirirla (cf. *Mt* 13, 45-46),<sup>[13]</sup> yo, preocupada de las cosas del Señor (cf. *1 Cor* 7, 34), tuve que discernir "lo que verdaderamente contaba", día a día: renegando con fuerza al egoísmo, al espíritu mundano, al mal; prefería, a los bienes terrenos, la perla preciosa del Evangelio, de la Orden, y enamorada de Cristo, quise en todo conformarme a Él, en todo. Pero para que esta progresiva conversión en la novedad de Cristo fuera permanente tuve que elegir como medios necesarios aún algunas ejercicios penitenciales como vigiliias, oraciones, ayunos, cilicio (cintura ruda de cuerda llena de nudos), ...<sup>[14]</sup>. Si, quería pertenecer al Señor Jesús, mi Esposo, y solo a Él. Quería decir como la esposa en ansia del *Cantar de los cantares*: «He encontrado al Amado de mi corazón. A él me confío jamás lo dejaré» (cf. *Ct* 3, 4).<sup>[15]</sup> Aprendí también la modestia de los ojos (cf. *Pr* 27, 20; *Mt* 5, 27-29), es decir a no fijar los ojos en un hombre y a no deleitarme en el ser mirada por él.<sup>[16]</sup> Pedí al Señor la gracia de vivir la bienaventuranza de los puros de corazón (cf. *Mt* 5, 8) ... de mirar el mundo, las personas, con Sus ojos, de verlo a Él en cada persona, presente en cada acontecimiento.



#### *El Pan bajado del cielo*

La Eucaristía ha siempre un grande apoyo. ¿Aquella mesa, memorial de la última Cena, de Jesús con los suyos, no es una anticipación de aquella otra grande mesa final, del Reino, donde Jesús preparó un lugar para cada uno de nosotros (cf. *Jn* 14, 2-3)? Es algo grandioso, maravilloso. Yo veo en la mesa eucarística, dos mesas: la de la Palabra de vida y la del Pan vivo bajado del cielo. El momento mismo de la comunión ha sido siempre para mí muy significativo e intenso. Me vienen a la mente las palabras del Señor Jesús: «*Yo soy el pan de la vida, quien viene a mí no tendrá más hambre y quien cree en mí no tendrá más sed ... Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo lo resucitaré en el último día ... Quien come mi carne y bebe mi sangre mora en mí y yo en él ... aquel que come de mí vivirá para mí. Este es el pan bajado del cielo ... Quien come de este pan vivirá para siempre*» (*Jn* 6, 35. 54. 56. 58). Cuantas veces, participé en la Eucaristía celebrada por los primeros hermanos, en S. María de Cafaggio; Como los discípulos de Emaus (cf. *Lc* 24, 13-35) y María Magdalena, en llanto por la ausencia del Maestro (cf. *Jn* 20, 11-17), aprendí a reconocer al Maestro, vivo en medio de los suyos, precisamente al "signo" de la fracción del pan. Gocé de su presencia en mí. Sacaba nuevas energías. A veces en la Eucaristía, deseaba tanto la unión con Cristo, mi Esposo de ser también liberada del cuerpo (cf. *Fil* 1, 23)<sup>[17]</sup> y poder decir, con el apóstol Pablo, marcada por él; <sup>[18]</sup> «No soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí» (*Gal* 2, 20).

### *Un secreto, de mujer a mujer*

A ti, hoy, que eres sierva de María o amiga de los Siervos, quisiera dirigirte una invitación. ¿Te recuerdas que en el Evangelio, en la narración de la curación de la mujer encorvada de 18 años (cf. *Lc* 13, 10-17), en el día de sábado? Si no, te invito a volverla a leer. Entiendo, claro, que esta mujer es imagen de la humanidad que, en su pecado, mira solo hacia la tierra; es una hija de Abraham al cual Jesús, un día de sábado, anuncia la liberación, el "enderezamiento", le enseña a mirar nuevamente a los demás en cara y a dirigir su rostro hacia la luz. El sábado no es día de "paralíticos" o de "sumisión ciega", sino es día de descanso, de libertad, de alegría, de acción de gracias por la liberación concedida.

Sin embargo veo también, en esta narración, un mensaje de curación para mí y para cada mujer. Te pido: no olvides las palabras de Jesús y su gesto. Le dijo: «*Mujer, eres libre ... le impuso las manos. De inmediato se levantó y glorificaba a Dios*» (*Lc* 13, 12. 13). "Mujer, eres, libre ..." Jesús, en día de sábado como también en los demás días, no quiere dejar a la mujer paralizada encorvada, sino libre, salvada. Por favor, en la palabra de Jesús, enderézate. Es así que te quiere Jesús, el Maestro. Se tu misma, siempre. Creativa, solícita, tierna, sensible. Por amor, haz tesoro de tu femineidad; sea una verdadera aportación a la Orden de los Siervos, a la Familia de los Siervos. Tú que sabes ver al otro con el corazón, ponte a la obra. Haz uso de tu ingenio femenino y repite, también tu, los gestos benéficos de Jesús, como signos del Reino mesiánico (cf. *Lc* 7, 20-23). Con espíritu materno, acoge el don multiforme de la vida, salud y felicidad, bienestar, dignidad y cuídate. En ti y en toda persona. En todo lugar y en todo tiempo.

Tu hermana y amiga  
**Juliana de Florencia**

Del *Diálogo sobre el origen de la Orden de los Siervos* ("Dialogus") de fray Pablo Attavanti de Florencia (+1499), escrito en el 1465

### *Brillando de extraordinaria santidad*

#### *Juliana se hizo famosa*

Esta nuestra ciudad dio el nacimiento a Juliana, espejo de castidad y honor del sexo femenino; brillando de extraordinaria santidad, se hizo famosa. No adornada de vanos esplendores, no fascinada por bienes caducos, atrayente no por la familia ilustre y por la belleza, sino que siempre brilla por merito de la virtud, en la que está el verdadero honor y la gloria del triunfo. Ella que con asidua frecuencia escuchó las predicaciones, es alabada por el testimonio de sus obras. Además, tomando el

hábito de la viudez de la santa Madre, se procuró una morada inmortal en el cielo, y el hábito de la Virgen le fue de eterna salvación.

Del *Chronicon* de fray Miguel Poccianti (1576)

*Por toda la vida sirvió en la virginidad a la bienaventurada Virgen María*

En el año de 1441. El fardo de su carne mortal: Juliana de Florencia, virgen sabia. Sobresalió no solamente entre las nobles mujeres florentinas - pertenecía a la noble familia de los Falconieri -, sino también entre las hermanas de la Orden de los Siervos. En efecto, no conoció hombre, sino que todo el tiempo de la vida sirvió en la virginidad a la bienaventurada virgen María, instruida por el beato Alejo, uno de los iniciadores de la Orden y su tío paterno.

Juliana ayunaba dos veces por semana, el miércoles y el viernes; en esos días no tomaba alimento alguno, sino que, purificada con el agua de la penitencia, su alimento era sólo el cuerpo y la sangre del Señor; el sábado sólo se contentaba con un poco de agua y un trocito de pan.

Como se diera a la penitencia, despreciase las riquezas, obtuviese la salvación del prójimo, y lo que fuese agradable a Dios y querido a la Virgen, y con cuanta intensidad, finalmente, meditase la pasión de Cristo y los dolores de su Madre, lo demuestran ampliamente su muerte preciosa y los milagros que la acompañaron. En efecto, mientras volaba al cielo y mientras su sagrados restos eran llevados a la iglesia, a muchos enfermos que tocaban su cuerpo glorioso les fue donada la salud, como atestiguan las actas de la Santísima Anunciación. En las actas se lee también que esta virgen castísima tuvo una tan viva devoción a la pasión de Cristo que, después de su muerte, le fue encontrada impresa en su pecho, como un sello, la imagen de Cristo crucificado; lo confirman las antiguas imágenes de Juliana, que todavía hoy todos pueden ver en los altares de la iglesia de la Santísima Anunciación de Florencia.

En esta iglesia, en una caja de madera, se conservan sus venerables huesos, hasta el tiempo establecido por Dios Padre, en el cual cada uno oirá las palabras: “¡Levántense, oh muertos!”. Con ellos, para gozar de la gloria eterna, resucitará esta mujer castísima.

En su honor, sobre su sagrada tumba, fue puesto este epígrafe:

“Juliana, virgen insigne por sus milagros, gloria de la familia Falconieri, honor y orgullo de Florencia y de la Orden de los Siervos, siguió el ejemplo de santidad de su tío Alejo, uno de los siete iniciadores de su Orden; pareció brillar en el cielo, de donde vino, como un segundo sol.

Año del Señor MCCCXLI, 19 de junio.

Florencia,

Basílica de la Santísima Anunciación”.

ORACIÓN A SANTA JULIANA DE FLORENCIA  
en el 250° aniversario de la canonización (1737-1987).

Juliana,  
doscientos cincuenta años han pasado  
desde que la iglesia,  
para eterna alegría,  
ha escrito tu nombre en el libro de los santos  
de la familia de los Siervos de santa María  
y tantas mujeres de las nuestras  
con humilde valentía  
lo han asumido por sí mismas  
y lo han puesto dondequiera  
como signo de sus casas,  
para renovar el ideal

de los valores que encierra:  
porque tú significas  
para todas  
el carisma de los orígenes  
y el vínculo vital con los santos Padres,  
la radical dedicación evangélica  
en la castidad de la existencia,  
la atenta piedad mariana  
enlazada con la devoción litúrgica,  
el perfume joven  
de la belleza femenina,  
hecha servicio  
de humanidad redimida:  
no te olvides  
de tu familia como es hoy  
y haz que también ahora,  
entre las vicisitudes mundanas,  
se oriente hacia el Absoluto  
y sea fecunda para el Reino.

AMEN

*Iniciadora y modelo de las monjas y hermanas Siervas de María*

Juliana nació en Florencia en el siglo XIII, cuando aún vivían algunos de los fundadores de nuestra Orden. Según se cuenta, pertenecía a la familia de los Falconieri.

En el siglo XV, fray Pablo Attavanti recogió las tradiciones orales acerca de la vida de la Santa florentina y las recopiló en dos escritos que llevan por título, *Diálogo sobre el origen de la Orden y Cuaresmario*. En ellos se narra que Juliana, siendo una joven de quince años, oyó a san Alejo que predicaba sobre el juicio final, y se inflamó de tal manera en el deseo de los bienes celestiales, que se entregó de lleno a la contemplación y al seguimiento de Cristo. Así pues, comenzó a frecuentar la incipiente familia de los Siervos y quedó tan hondamente admirada de su estilo de vida evangélico, que no dejó de implorar a la Reina del cielo y a sus padres hasta que logró vestir el hábito de los Siervos. En compañía de otras jóvenes piadosas mujeres que, incitadas por el mismo ideal de penitencia y caridad, buscaban una vida de mayor perfección, acudía habitualmente a la iglesia de los Siervos de Cafaggio, que se levantaba junto a las puertas de la ciudad; allí participaba en los divinos oficios, cantaba las alabanzas de la Virgen, María y servía a todos los hermanos, especialmente a los más pobres. Juliana fue un excelente modelo para sus compañeras que deseaban seguir más de cerca a Cristo, bajo la protección de la Virgen, por lo cual llegó a ser considerada como “iniciadora de las mojas y hermanas Siervas de María”, como leemos en el mencionado *Cuaresmario*.

Dio pruebas de ser fiel discípula de Jesús y de la Virgen, consiguiendo la victoria en su lucha contra el mundo, el demonio y la carne y, aunque era una delicada doncella, la firmeza de su virtud resplandeció ante la mirada de todos. Su santidad se hizo patente a través de signos prodigiosos, especialmente en la hora de su muerte. En efecto, cuando Juliana yacía extenuada a causa de los cilicios, vigiliias, oraciones y ayunos, su estomago no podía retener alimento alguno; ella, en la imposibilidad de recibir el Viático, pese a que lo deseaba ardientemente, pidió con insistencia que le pusieran sobre el pecho el santísimo Sacramento. En la Edad Media se acostumbraba dar este consuelo a los enfermos que abrigaban el deseo de comulgar pero no podía hacerlo a causa de su dolencia; el rito iba acompañado de una oración en la cual el sacerdote pedía a Dios que santificara - mediante el Cuerpo de Cristo - el alma que había infundido en aquel cuerpo,. Juliana obtuvo la dicha de ese consuelo, y luego expiró dulcemente. Según una piadosa tradición la hostia consagrada desapareció de su pecho, como si hubiese penetrado milagrosamente en el cuerpo de Juliana. Sus

restos reposan en la basílica de la Anunciación en Florencia, Italia. Fue canonizada por el papa Clemente XII, en el año de 1737.

Con el paso de los siglos, muchas mujeres han adoptado el género de vida de los frailes Siervos de santa María, como modelo del seguimiento de Cristo y de servicio a la Virgen. Algunas bien en su propia casa, otras en comunidad, tienen a santa Juliana, después de la Virgen, como maestra de vida espiritual y de actividad apostólica, y así, aunque esta Santa florentina nunca fundó ninguna congregación religiosa, la invocan y venera como “madre”.

(*Liturgia de las Horas*. Propio del Oficio de la Orden de los Siervos de María. Roma, CLIOS).

\* Ver en: Monte Senario 12 (septiembre-diciembre 2000) pp. 5-10.

[1] Santa Juliana - del cual no tenemos datos biográficos antes del siglo XV-, conocida de la familia pudiente de los «Falconieri», vivió en Florencia (donde nació cerca de 1271) en estrecho contacto con la local comunidad de los Siervos de S. María de Cafaggio, llamada después Santísima Anunciación. Fray Paolo Attavanti escribió, en 1494, que ella era sobrina de san Alejo, uno de los Siete santos Fundadores de la Orden de los Siervos de María, y que fue la primera "terciaria" o "mantelada" de la Orden de los últimos decenios del siglo XIII hasta su muerte, fijada más adelante el 19 de junio de 1341, brillando por la vida virginal, penitente y piedad hacia Jesús eucaristía y crucifijo. Es considerada así, desde el final del siglo XV, «jefa» de todas las religiosas y claustrales siervas de santa María, como lo fue Clara de Asís para la orden "seráfica" y Catalina de Siena para aquel "querúbico". Cf. DAL PINO Franco Andrea, *Giuliana Falconieri*, in: AA.VV., *Il grande libro dei santi. Dizionario enciclopedico*, vol. 2 (San Paolo, Cinisello Balsamo 1998) pp. 966-968. Para una presentación de la documentación de los siglos XIV-XV sobre la beata Juana y sobre santa Juliana ver: DAL PINO Franco Andrea, *Spazi e figure lungo la storia dei Servi di santa Maria (secoli XIII-XX)* = Italia Sacra. Studi e documenti di storia ecclesiastica 55 (Herder, Roma 1997) pp. 539-549 [*La B. Giovanna e S. Giuliana da Firenze nella documentazione del secoli XIV-XV*].

[2] Un primer ejemplo documentado de mujer laica amiga de los Siervos, se remonta a los tiempos de los primeros frailes, e de la núbiles Juanina (+ 13 de septiembre de 1317), pariente probable de fray Juan de la Tosca, ... y que algún estudioso intenta identificarla con santa Juliana ! Cf. *Ricordanze di S. Maria di Cafaggio, Firenze (1295-1332)*, in: CASALINI E.M. – DINA I. – IRCANI MENICHINI P., edd., *Testi dei "Servi della Donna di Cafaggio"* = Biblioteca della Provincia Toscana dei Servi di Maria 5 (Convento della SS. Annunziata, Firenze 1995) pp. 39-40. Tomamos inspiración para describir la vida de santa Juliana.

[3] Cf. *Ricordanze di S. Maria di Cafaggio, Firenze (1295-1332)*, in: CASALINI E.M. – DINA I. – IRCANI MENICHINI P., edd., *Testi dei "Servi della Donna di Cafaggio"* = Biblioteca della Provincia Toscana dei Servi di Maria 5 (Convento della SS. Annunziata, Firenze 1995) pp. 17, 95, 98.

[4] Según la tradición, santa Juliana nació en 1270, en Florencia de Chiarissimo de Falco y Reparata Falconieri; se dice que Chiarissimo fuese hermano de alejo, uno de los Siete Santos Fundadores de la Orden de los Siervos de María, y por lo tanto tío de Juliana, al cual la joven miraba como a un padre espiritual. Cf. CASALINI E., *Santa Giuliana e il movimento laico-servitano ieri e oggi*, in: CONSIGLIO NAZIONALE OSSM, ed., *Sussidi spiritualità - formazione. Conferenze tenute ai convegni nazionali di Misano Adriatico 1987 e 1988* = Sussidi OSSM 2 (s.e., s.l. s.d.) p. 16.

[5] Cf. ATTAVANTI Paolo (+ 1499), *Quaresimale sulle lettere dell'apostolo Paolo* (Siena 1494) f. 52, in: Moniales OSM 2 (1964) pp. 23-25. Para la versión española, ver: *En honor de santa Juliana de Florencia* = *Laudemus viros gloriosos* 6 (CLIOS - Marianum, Roma 1999) pp. 68-69.

[6] *Regla de san Agustín*, n. 19

[7] Cf. *Constituciones antiguas*, cap. XVI (La profesión), bendición del hábito.

[8] Cf. *Constituciones antiguas*, cap. XVI (La profesión), bendición del hábito.

[9] Cf. *Constituciones antiguas*, cap. XVI (La profesión), bendición del hábito.

[10] Cf. LO 52.

[11] Un autor del segundo decenio del '500 escribió: «... nuestra religión empezó a vestir de las hermanas (religiosas de la tercera Orden regular) en 1332 el 2 de julio; y la prima fue Julia de Falconieri, que murió en 1341 ...». Cf. CASALINI E., *Santa Giuliana e il movimento laico-servitano ieri e oggi*, in: CONSIGLIO NAZIONALE OSSM, ed., *Sussidi spiritualità - formazione. Conferenze tenute ai convegni nazionali di Misano Adriatico 1987 e 1988* = Sussidi OSSM 2 (s.e., s.l. s.d.) p. 20.

[12] La núbiles Juanina poseía probablemente un horno. En el Registro de Entradas-Salidas de S. María de Cafaggio [= REU], en junio de 1288, se registra un gasto a la Juanina por cocer dos porciones de pan, cuando iban los frailes a la procesión [de san Juan Bautista, patrón de Florencia (24 junio)] (REU, f. 28r, 7). Se puede leer también el pago por las porciones de corusca (que) debían a la Juanina ... s. ij e d. viij (REU, f. 44v, 22). Cf. CASALINI E.M., ed., *Registro di Entrata e Uscita di Santa Maria di Cafaggio (REU) 1286-1290* = Biblioteca della Provincia Toscana dei Servi di Maria 7 (Convento della SS. Annunziata, Firenze 1998) pp. 192, 229.

[13] Cf. LO 19, 30

[14] Cf. ATTAVANTI Paolo (+ 1499), *Quaresimale sulle lettere dell'apostolo Paolo* (Siena 1494) f. 52, in: Moniales OSM 2 (1964) pp. 23-25. Para la versión española, ver: *En honor de santa Juliana de Florencia* = *Laudemus viros gloriosos* 6 (CLIOS - Marianum, Roma 1999) p. 70.

[15] Ver, en la *Liturgia de las Horas propia OSM*, la antifona del primer salmo de las primeras vísperas de la solemnidad del 19 de junio (Santa Juliana).

[16] Cf. *Regla de san Agustín*, nn. 22-28.

[17] Cf. *LO* 20.

[18] Sobre el amor de santa Juliana a Cristo, y el crucificado (cf. *1 Cor 2, 2*), fray Michele M. Poccianti escribió en su *Chronicon* (1567) [ver en: *Monumenta OSM* 12 (1911) p. 68]: «En los años se lee también que esta virgen castísima tuvo una viva devoción a la Pasión de Cristo que, después de su muerte, se encontró impresa en su pecha como un sello, la imagen de Cristo crucificado; lo confirman las antiguas imágenes de Juliana, que todavía hoy todos pueden ver en los altares de la iglesia de la Santísima anunciación». Para la versión castellana ver: *En honor de santa Juliana de Florencia = Laudemus viros gloriosos 6* (CLIOS - Marianum, Roma 1999).